

¿Por qué los jóvenes leen mal?

“Lo que me maravilla de los libros que me gustan es que me abren puertas, me muestran rincones que yo no conocía de mí o que tenía miedo de explorar. Y es que es bueno ser capaz de abrir las propias puertas”

Antonio Lobo Antunes

¿Por qué le alarma a una sociedad que sus jóvenes no lean?

En la encuesta sobre hábitos lectores y consumo de libros en Colombia (Fundalectura, Cerlalc, Cámara Colombiana del Libro, 2001) los jóvenes no aparecen como buenos lectores. La gran mayoría aparece en la franja de los “no lectores habituales” (21%). Y su consumo de libros por año genera preocupación: 1 libro/año (que incluso puede ser el texto escolar). Las respuestas “No me gustan”, “No los entiendo”, “Prefiero gastar el tiempo libre oyendo música”, son recurrentes en la franja 12-17 años.

La tendencia según la cual leen incluso más los niños que los jóvenes aparece no sólo en Colombia, sino en gran parte de países europeos. Un estudio de 2003 en España concluye: “Es evidente la preocupación por la tendencia a la baja de los índices de lectura de libros, especialmente entre la población más

joven”. En la *Encuesta Nacional de Cultura de Colombia* (2002), sin embargo, de parte de los jóvenes encuestados hay una actitud prospectiva que es positiva: “Nos gustaría leer más”.

En consecuencia no podemos –a veces se hace– hablar de un franco distanciamiento de los jóvenes hacia los libros ni concluir que la cultura audiovisual o Internet los atrapó volviéndolos analfabetos funcionales, dominados por las nuevas tecnologías. “Autistas, ignorantes y ciegos”, según los definiera en un acre comentario un novelista francés. En nuestro medio, a diferencia del español, por citar un caso europeo, no hay políticas públicas que estimulen la circulación ni promoción de los libros y el sistema escolar no es particularmente el espacio propicio para generar en los adolescentes acercamiento o construcción del hábito lector.

Muchas escuelas y colegios carecen de libros, de biblioteca, de bibliotecario, de docentes lectores habituales. El hogar tampoco es el lugar de origen de una actitud lectora. Según la encuesta citada al comienzo, el 85% de los colombianos, tienen menos de 5 libros en su casa: la mayoría textos escolares, libros de referencia, atlas, libros de colección o libros viejos.

Apenas hasta hace dos años, el Plan Nacional del Libro y Bibliotecas, promovido por la Presidencia de la República y el Ministerio de Cultura, empezó a dotar las bibliotecas municipales, pero incluso todos estos esfuerzos parecen insuficientes para enfrentar la cruda realidad: el nuestro no es un país lector. Y en el caso de los adolescentes es todavía más claro el diagnóstico: a nadie, o a casi nadie, le importa su construcción como lectores.

Si bien no contamos con un estudio fiable que nos ayude a entender la actitud de los adolescentes frente a la lectura (otro vacío: no hay investigación académica o empírica sobre el tema), nos toca, forzosamente, lanzarnos al campo de las inferencias e inten-



Taller literario Ojos de poeta



Grupo literario Raíz de 5

tar escribir un perfil ideal de nuestros chicos y chicas como lectores. Hay algunas conclusiones –netamente provisionales– que se pueden sacar (espero no ser demasiado atrevido):

- Los jóvenes sí leen y escriben. Que no muestren interés hacia lo que el sistema escolar exige escribir y leer, es otro asunto.
- Los jóvenes carecen de espacios de diálogo y de información (publicaciones, programas de radio, de televisión, Internet, etcétera) para hablar con los adultos o con sus padres sobre libros escritos para su franja.
- El medio escolar: muchos profesores, con su actitud enfermiza de obligar a leer “los clásicos” están fomentando animadversión hacia los libros y la lectura.
- Es necesario entender de una vez por todas que los jóvenes de hoy conviven con diversas tecnologías de información (la televisión, el cine, los videojuegos, Internet, la radio). El libro ya no es el objeto sagrado de información que fue para dos generaciones atrás.
- Si existen opciones de diálogo y de acercamiento sincero con los adultos, no autoritaria ni basada en argumentos del tipo “lea para que no se vuelva idiota”, podría empezar a construirse entre los adolescentes una actitud más atenta hacia la lectura de los libros y revistas.
- Cada joven es un lector único y resemantiza de un modo personal lo que lee. Los jóvenes –en un sentido– no son “lectores críticos”, objetivos, pues lo que buscan en los libros es un “yo” sincero que les hable a “ellos” como sujetos exclusivos.

- No hay canon de lectura ni de libros entre los adolescentes. Puede ser tan embriagador –y decir tanto– Paulo Coelho como Franz Kafka. Es labor de los mediadores de lectura –el docente, bibliotecario– ayudarlos a avanzar en la calidad de sus lecturas y a construirse como lectores adultos.
- Los adolescentes nunca olvidan un buen docente o un bibliotecario que les abre las puertas a la lectura.

Los jóvenes, la realidad y sus escenarios

- En este momento un muchacho le dispara a otro en una comuna del distrito de Aguablanca, en Cali.
- Un joven desplazado, con el corazón destruido y la ira más absoluta en el corazón, planea vengar la muerte de su padre.
- Una adolescente guerrillera lee un libro que por casualidad cayó a sus manos. Sueña en que otros de sus compañeros tengan oportunidad de leer ese libro fascinante que ella lee.
- Una jovencita le presta a otra la novela *Eso no me lo quita nadie* de Ana María Machado. Le dice: “Súper, hermana”.
- Un muchacho que asiste a una conferencia del escritor colombiano Efraim Medina (1) levanta la mano y le dice: “Su libro *Érase una vez el amor y tuve que matarlo*, me cambió la vida”. Yo, que también asisto a la misma conferencia, no pido la palabra y grito: “¡Ese libro es una mierda!” Los jóvenes se me vienen encima a comerme vivo.

- Una adolescente, que sospecha estar embarazada, reflexiona sobre un pasaje de *Deshojando margaritas* de Walter Riso (2). Hay algo en esas trescientas palabras que la detienen a tomar una decisión.
- Un joven de quince años, que desertó de un grupo paramilitar y ahora se encuentra en un hogar de refugio del ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar) en un plan de reintegración a la sociedad, oye fascinado cómo la especialista en literatura juvenil e infantil Beatriz Elena Robledo le lee *La hija del espantapájaros* de María Gripe. Lloro cuando Beatriz dice: “Terminó”.
- En una aula de clase mientras la profesora de español ordena leer *El Quijote* para dentro de 15 días y extractar los personajes principales y secundarios, los temas claves, el tiempo y el espacio, y hacer un comentario escrito sobre la obra, una adolescente le pasa a otra por debajo del pupitre *Juventud en éxtasis* de Carlos Cuauthémoc Sánchez (3).
- Un adolescente que sabe que no podrá terminar la secundaria porque ha muerto su madre, quien sostenía la casa, mira a través de una ventana hacia la calle. Pero en verdad está mirando hacia dentro.
- Mientras que un adolescente está frente a un televisor concentradísimo intentando que no muera su personaje del videojuego, otro que hace una pausa en su lectura de *El retrato del artista adolescente*, lo mira, lo mira.

La hora de las propuestas

No podemos quedarnos en la mera enumeración de los problemas o del diagnóstico, sino que es necesario que pasemos a una fase prospectiva de trabajo. Algunas de mis propuestas en favor de construir una cultura lectora en los jóvenes son las siguientes:

- Hacer una reflexión sistemática (que puede ser una encuesta acompañada de análisis) sobre la forma como los jóvenes se están acercando a los libros en el sistema escolar.
- Determinar a través de un *Decálogo* (a mí me gusta mucho el número 10) el modo como el aula y la biblioteca escolar y la pública pueden significar un espacio de libertad y de acercamiento reconstructivo a la lectura. Se incluye aquí la idea de hacer un Rincón de lectura para los jóvenes en cada colegio y en cada biblioteca.
- Elaborar los perfiles de lectura de la heterogénea gama de adolescentes.
- Reconocer las rutas culturales a partir de las cuales los jóvenes se pueden acercar a los libros considerando que los adolescentes son seres en construcción (no niños, pero tampoco adultos), que intentan configurar su identidad. Esta identidad –frente

a sí mismos, y frente a la realidad– puede adquirir una dimensión crítica si está en diálogo con los libros y si hay mediadores (el docente, el bibliotecario, los padres, un librero) que facilitan su acercamiento a ellos. Un adolescente que lee es diferente al que no lee; el primero tiene más referentes para intentar entenderse y comprender de un modo más crítico la realidad que lo rodea, “el jardín que debemos cultivar y que nos tocó en suerte”, como dice Voltaire.

- Determinar la viabilidad de algunas estrategias de promoción de lectura en el aula y en la biblioteca.
- Colaborar en la actualización del catálogo de libros y lecturas (ficción y libros informativos) ofrecidas a los usuarios adolescentes.
- Estimular la elaboración de una página web para promover la lectura entre adolescentes, bibliotecarios y maestros de adolescentes.

Las frases que guiaron este texto

He ahí, pues, algunos de los aspectos que trataremos en la jornada que sigue. Únicamente me gustaría agregar que los jóvenes no son marcianos y que, como usted o como yo, tienen una gran necesidad de saber, una necesidad de decir bien las cosas y de decirse bien, una necesidad de relatos que constituye nuestra especificidad humana. Tienen una exigencia poética, una necesidad de soñar, de imaginar, de encontrar sentido, de pensarse, de pensar su historia singular de muchacho o de muchacha dotado de un cuerpo sexuado y frágil, de un corazón impetuoso y que duda; de pulsiones y de sentimientos contradictorios que integran con dificultad, de una historia familiar compleja que muchas veces contiene lagunas. Sienten curiosidad por este mundo contemporáneo en el que se ven confrontados a tanta adversidad y que les deja muy poco espacio. Tienen también una gran necesidad de ser escuchados, reconocidos; una gran necesidad de dignidad, de intercambio, de encuentros personalizados.

Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y a la lectura*. FCE, 1999

Primero de todo que es bueno averiguar qué les gusta leer a los adolescentes. A muy pocos —aquel 5%, más o menos, con sensibilidad estética que aparece en cada salón— les dice algo la gran literatura. Al resto no. Y eso no es malo. Los gustos de lectura no tienen por qué ser uniformes y, por raro que parezca, es falsa la idea según la cual la competencia comunicativa y “el buen gusto estético” solo se desarrollan leyendo obras clásicas. Hay jóvenes a quienes les dice más un libro sobre Gun’s and Roses o una biografía sobre Marilyn Mason que Cien años de soledad.

Carlos Sánchez Lozano, en “Ocho preguntas sobre la lectura en secundaria”, en *Educación y Cultura*, N°. 42/98

En innumerables oportunidades se ha dicho que la escuela debe enseñar conocimientos socialmente significativos... Se trata de promover la autonomía de los jóvenes

estudiantes. Esa autonomía del aprendizaje se define la capacidad del alumno para seleccionar y utilizar por sí mismo los recursos puestos a su disposición, para definir su proyecto, para trazar su itinerario, para apropiarse del saber y para evaluar los conocimientos adquiridos.

Roxana Morduchowicz, *El capital cultural de los jóvenes*, FCE, 2004

Inscrito en la polémica sobre el empobrecimiento de resultados –o fracaso– de la formación de lectores, se analiza en este libro, a través de un estudio de campo, el éxito de la literatura “chatarra” o “menor” entre los estudiantes, en contraste con el odio que generan los textos obligatorios dispuestos por las autoridades escolares. Mediante un interesante análisis, pone de manifiesto discrepancias entre los temas de interés y el lenguaje para los jóvenes lectores, y los de los textos fijados por el currículo escolar. Asimismo, cuestiona las críticas hechas a la literatura “menor” para evaluar su pertinencia, y arroja un resultado sorprendente: bajo una guía adecuada, el tipo de reflexión que genera este tipo de texto no difiere sustancialmente de la que se espera obtener con la literatura “mayor”. Sin embargo, existe una gran ventaja que la literatura “menor” ostenta sobre la “mayor”: consigue sin esfuerzo aquello que para los profesores de literatura es un sueño: que los jóvenes lean.

Introducción al libro *La cultura en los jóvenes: cultura y respuesta*, de Charles Sarland, FCE, 2004

“Dejar leer” es crear los contextos en los que la lectura encuentre sentido; poner las condiciones para que ocurra la experiencia lectora; ayudar a que los lectores pasen de las lecturas útiles u obligatorias a una lectura que les resulte significativa en sus vidas; propiciar el contacto con los libros y la conversación sobre lo que se lee; hacer del libro un objeto más familiar, más cercano; remover los miedos y los fantasmas visibles e invisibles que siempre lo han rodeado. Esto es mucho más efectivo que los discursos, los métodos didácticos o los spots publicitarios que proclaman la importancia de la lectura.

Luis Bernardo Peña, extracto de la ponencia *Dejar leer que leyó en Guadalajara en diciembre de 2003*

¿Y por qué los jóvenes leen mal?

Los jóvenes no leen mal. Están aprendiendo a leer y por eso requieren de la colaboración de los adultos. Leer como escribir son aprendizajes que requieren ayuda de más expertos. Estas competencias no nacen con nosotros. Los jóvenes –como los niños– son lectores heterónomos. Dependen de otro para co-construir los textos. Para que los jóvenes sean lectores y escritores autónomos requieren contar con buenos maestros y buenos bibliotecarios que les ayuden a leer textos cada vez más complejos.

Creo entender lo que pasó cuando, hablando con jóvenes sobre literatura, me dijeron:

1) Sobre *El Quijote*: “Esa es la historia de un viejo idiota que anda con un enano para arriba y para abajo y no sabe lo que quiere”.

2) Después de haber leído el primer párrafo de *Cien años de soledad* (“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”) con estudiantes de décimo grado uno de ellos preguntó con absoluta sinceridad: “¿Y qué tiene de raro conocer el hielo?”.

En efecto no hubo un *clic* entre los estudiantes y el texto. Para que los textos sean significativos requieren la participación al menos de dos personas. *El Quijote* y *Cien años de soledad* podrán ser unas superobras maestras y todo lo “clásicas” que se quiera, pero si un estudiante no está preparado para leerlas, no las comprenderá, no las disfrutará, no las resemantizará en relación con su vida y su experiencia personal. Estar preparado para leer un texto literario implica varias cosas:

- *Querer leerlo*. La voluntad es esencial en la lectura. El deseo es esencial para construir el placer. Si no hay deseo, hay represión, acomodación formal a una obligación externa. Y a toda presión hay una reacción natural de desafío: no leerlo, fusilar en Internet un resumen de la obra (4).
- *Poseer los conocimientos previos para enfrentar el texto*. Es decir, reconocer el contexto histórico en que surge esa obra, saber hacer lectura inferencial (leer lo que no está en el texto sino que debe construirse en la mente del lector), identificar las claves estilísticas del autor, reconocer qué intenciones tiene, conocer el significado de las palabras que usa.
- *Tener habilidades lingüísticas que permitan saber qué hacer si no se entiende el texto*. Los textos literarios requieren el desarrollo de la competencia literaria. A esta competencia la ha definido la investigadora española Teresa Colomer como aquella capacidad de “adquirir la posibilidad de reflexión –practicar el esfuerzo de reflexión– que supone el escrito literario, el mundo autónomo formado exclusivamente por la palabra estética” (en *La literatura en la escuela*, Lectura y vida, Buenos Aires, 2002). ¿Qué hacer si no se entiende una figura literaria (una metáfora, una hipérbole)? ¿Qué hacer si no se reconoce la estructura del texto, si no se reconoce quién narra y cómo lo hace? ¿Qué hacer si no se reconocen claves intertextuales?
- *Tener con quien conversar sobre lo leído*. Sin amigos, sin co-lectores, habrá texto, pero no felicidad. Leemos para compartir lo que leemos con otros. Amigo, mamá, papá, profesor, bibliotecario, quien esté a mano y le gusten los libros y no lo miren a uno como sabiondo, como bicho raro. Me recuerdo a los 17 años, ex futbolista por culpa



Grupo literario Raíz de 5

de una lesión temprana, hablando con dos amigos de mi cuadra sobre *La vida es sueño* de Calderón, recién descubierta en una edición barata de Salvat. “Hermano, qué berraquera ese man. Habla raro, a veces no se entiende, pero lo pone a uno a volar”. Con esta actitud reconocía que el único lenguaje que existía no era ese de docientas palabras que hablamos en un barrio humilde de la Bogotá de 1979. Había otro lenguaje –poderoso, rico, vehículo de la libertad verbal– proveniente de los libros y las novelas que podía ampliar nuestra experiencia de la realidad.

La lectura no es un monólogo. No es el monólogo del autor del texto, pero tampoco el monólogo del lector. Para que haya lectura se necesita al menos que hayan dos contribuyendo en el acto de significación. El autor no está, pero el lector lo puede estar tergiversando en su ejercicio de comprensión. Son los casos que mencioné arriba de los estudiantes que hicieron un tipo de lectura tergiversada de *El Quijote* y del primer fragmento de *Cien años de soledad*.

Y es que los adolescentes leen desde el yo, desde el corazón, desde “lo que me dice”, desde “lo que soy yo”. Es una lectura legítima desde el narcisismo: un Yo solitario en el mundo. Los adolescentes esperan que las lecturas les digan lo que ellos desean escuchar. Sentir el abrazo del autor o autora que les está hablando al oído, que les dice: “Yo sé que tú sufres y aquí estoy a tu lado”. Desde luego que no es una lectura hermenéutica, no contextualizada desde referentes históricos o valoradas por otros críticos-lectores. Una jovencita, en un taller reciente que hice sobre el amor en la literatura juvenil latinoamericana, me dijo: “Si me agarra en el primer párrafo, no lo suelto”. Pero lo soltará si no le dice lo que ella espera, si el autor se pone a usar “palabras raras” o a hablar como “un adulto que lo sabe todo”.

Leer hoy bien –que es leer no desde la lectura literal, sino desde la lectura crítica, la lectura correferencial– implica un desafío poderoso. Enseñar a vencer los obstáculos que plantean los textos literarios (narrativos o argumentativos), es una tarea de quienes asumimos la tarea docente como compromiso.

Reflexiones para el cierre

Estos encuentros académicos deberían permitirnos a investigadores y a los docentes, bibliotecarios, promotores de lectura y demás personas preocupadas en el tema de la lectura en los jóvenes, reflexionar e intercambiar experiencias sobre los adolescentes como lectores, sus actitudes ante los libros, las bibliotecas, las obras y los autores literarios, sus dificultades para interactuar con los textos y sobre todo con los textos literarios, el modo como pueden ayudar a encontrar en los libros nuevos referentes para configurar su identidad, sus valores y su ubicación en el mundo.

Los adolescentes como lectores (o no lectores), su encuentro (o desencuentro) con ese objeto llamado libro (ya sea en papel o en soporte digital), su enorme capacidad para atender a códigos audiovisuales o interactivos, pero también los basados en la cultura alfabética y en su soporte tradicional, los libros, siguen constituyendo un reto merecedor de diálogo y de estudio permanente. Trabajar con los adolescentes tiene mucho de reto y de utopía. ☒

Carlos Sánchez Lozano

Agradecemos el envío de fotografías a Juan Pablo Hernández, uno de los organizadores del programa de lectura juvenil en Comfenalco.

Notas

- (1) Efraim Medina es uno de los integrantes de la nueva ola de escritores colombianos. Nacido en Cartagena de Indias hace 34 años, hasta la fecha ha publicado novelas de culto entre los jóvenes: *Erase una vez el amor y tuve que matarlo* (2001), *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin* (2002). Rememorando el día del choque entre los dos en la Biblioteca Luis Ángel Arango, en una entrevista (publicada en www.colombia.com/entrevistas) dijo: “El otro día en un encuentro con lectores apareció un tal Carlos Sánchez Lozano que la monta de crítico y dijo algunas estupideces como que era raro verme tranquilo frente a un público y no haciendo escándalo en los bares, también dijo que mi literatura era para jóvenes y lo decía en forma peyorativa, como si ser joven fuera sinónimo de estúpido cuando el sinónimo oficial de la palabra estupidez es Carlos Sánchez Lozano. Igual le dije que estaba de acuerdo con todo lo que él dijera porque la verdad soy incapaz de discutir con alguien que usa camisas tan horribles”.
- (2) Reconocido autor de libros de autoayuda.
- (3) Otro reconocido autor –este mexicano– de libros de autosuperación dirigidos a jóvenes.
- (4) De allí mis diferencias con la propuesta que hicieron –en una mesa redonda del 6° Congreso Colombiano de Lectura– Fabio Jurado y Mauricio Pérez Abril de volver a establecer un canon obligatorio de lecturas por grados en secundaria.